

## PASAJE DE NOCHE POR ELIE WIESEL

Las SS nos dieron un buen regalo para el año nuevo.

Acabábamos de regresar del trabajo. En cuanto pasamos por la puerta del campo, sentimos algo diferente en el aire. El pasaje de la lista no tomo tanto tiempo como de costumbre. La sopa de la noche se repartió rápidamente y fue tragada de inmediato con angustia. Yo ya no estaba en el mismo bloque que mi padre. Me habían trasladado a otro comando, el de la construcción, donde por doce horas diarias tenía que arrastrar pesados bloques de piedra. El jefe de mi nuevo bloque era un judío alemán, de baja estatura y mirada penetrante. Nos dijo que esa noche no podríamos salir después de la sopa de la noche. Y enseguida empezó a circular una palabra: selección.

Sabíamos lo que quería decir. Un SS nos iba a examinar. Cuando encontrara a alguien débil, un *musulman*, como lo llamábamos, apuntaría su número: apto para el crematorio.

Después de la sopa, nos reunimos entre las camas. Los veteranos decían:

—Tienen suerte de haber sido traídos aquí tan tarde. Ahora es un paraíso comparado con lo que era el campo hace dos años. En aquel entonces Buna era un verdadero infierno. No había agua, ni cobijas, menos sopa y pan. De noche dormíamos casi desnudos y hacía treinta grados bajo cero. Todos los días se recogían cientos de cadáveres. El trabajo era arduo. Hoy esto es un pequeño Paraíso. Los kapos tenían ordenes de matar cada día cierto número de prisioneros. Y cada semana, la selección. Una selección sin piedad... Sí, ustedes han tenido suerte.

—¡Basta! ¡Cállense! —les imploré—. Cuenten sus historias mañana u otro día.

Lanzaron una carcajada. No en vano eran veteranos.

—¿Tienes miedo? Nosotros también teníamos miedo. Y había suficiente de que temer en esos días.

Los ancianos se quedaron en su rincón, mudos, inmóviles, abatidos. Algunos estaban rezando. Una hora de espera. Dentro de una hora, íbamos a saber el veredicto: la muerte o aplazamiento. ¿Y mi padre? De repente me recordé de él. ¿Cómo pasaría la selección? Había envejecido tanto...

Nuestro jefe de bloque no había salido de los campos de concentración desde 1933. Ya había pasado por todos los mataderos, todas las fábricas de la muerte. Alrededor de las nueve, tomó su posición en medio de nosotros:

—*¡Achtung!*

El silencio fue instantáneo.

—Escuchen bien lo que voy a decir, —por primera vez escuche que le temblaba la voz—. Dentro de unos momentos empezará la selección. Tendrán que desvestirse por completo. Luego, de uno por uno irán ante los doctores SS. Espero que todos puedan pasar. Pero deben mejorar sus propias oportunidades. Antes de entrar en el cuarto de al lado, muévanse un poco para tener color. No caminen despacio, ¡corran! ¡Corran como si tuvieran al diablo en los talones! No miren a los SS. ¡Corran directo hacia delante!

Se interrumpió un momento y agregó:

—Y, sobre todo, ¡no tengan miedo!

Era un consejo que hubiéramos querido estar en condiciones de seguir. Me desvestí, dejando mi ropa sobre la cama. Esta noche no había peligro de que alguien se la robara. Tibi y Yossi, que habían cambiado de comando al mismo tiempo que yo, se acercaron y dijeron:

—Hay que quedarnos juntos. Nos sentiremos más seguros.

Yossi estaba murmurando algo entre dientes. Debe de haber estado rezando. Nunca me había dado cuenta de que Yossi fuera creyente. Siempre había creído lo contrario. Tibi estaba callado, muy pálido. Todos los prisioneros del bloque estaban parados, desnudos, entre las camas. Así sería como se para uno en el Juicio Final.

—¡Ya vienen!

Había tres oficiales SS parados alrededor del infame doctor Mengele, el mismo que nos había recibido en Birkenau. El jefe del bloque, tratando de sonreír nos dijo:

—¿Listos?

Sí, estábamos listos. Los doctores SS también. El doctor Mengele tenía una lista en la mano: nuestros números. Le señaló al jefe del bloque:

—¡Podemos empezar! —como si fuera un juego.

Los primeros que fueron eran los “oficiales” del bloque: *Stubenaelteste*, kapos, capataces. ¡Todos en perfectas condiciones físicas, naturalmente! Luego fue el turno de los prisioneros ordinarios. El doctor Mengele los observaba de pies a cabeza. De vez en cuando anotaba un número. Un solo pensamiento me llenaba la mente: que no anotaran mi número; que no enseñe mi brazo izquierdo.

Solo quedaban Tibi y Yossi delante de mí. Pasaron. Tuve tiempo de ver que Mengele no había anotado a sus números. Alguien me empujó. Era mi turno. Corrí sin mirar atrás. La cabeza me daba vueltas: eres demasiado flaco, eres demasiado débil, eres demasiado flaco, eres bueno para el horno... La carrera me parecía interminable. Pensé que estaba corriendo por años... Eres demasiado flaco, demasiado débil... Al fin llegué, exhausto. Cuando recuperé el aliento, les pregunté a Yossi y Tibi:

—¿Me anotaron?

—No —contestó Yossi—. De todos modos, no hubieran podido, estabas corriendo demasiado rápido —agrego sonriendo.

Empecé a reírme. Estaba alegre. Hubiera querido besarlos. ¡En ese momento no importaba lo demás! No me habían anotado.

A los que les anotaron el número estaban aparte, abandonados por el mundo entero. Algunos lloraban en silencio.

Los oficiales SS se fueron. Apareció el jefe del bloque, su cara reflejando el cansancio general.

—Todo transcurrió bien. No se preocupen. Nada le va a pasar a nadie. A nadie.

Otra vez intentó sonreír. Un pobre y reseco judío esquelético lo interrogó intensamente con una voz temblorosa:

—Pero... pero, *Blockaelteste*, ¡a mí sí me anotaron!

El jefe del bloque se enfureció. ¡Cómo, alguien no quería creerle!

—¿Ahora qué? ¿Quizás estoy mintiendo yo? Te digo de una vez por todas, ¡nada te va a pasar! ¡A nadie! ¡Te estás ahogando en la desesperación como un imbécil!

Sonó la campana indicando que la selección había terminado en todo el campo.

Con todas mis fuerzas empecé a correr al bloque 36. En el camino me encontré a mi padre, que venía hacia mi:

—¿Y? ¿Pasaste?

—Sí. ¿Y tú?

—También.

¡Cómo volvimos a respirar de nuevo! Mi padre tenía un regalo para mí -media ración de pan obtenida a cambio de un trozo de hule encontrado en un almacén, que podía servir para ensuelar a un zapato.

La campana. Ya teníamos que separarnos para irnos a dormir. Todo estaba controlado por la campana. Me daba órdenes y las obedecía automáticamente. La odiaba. Cuando soñaba con un mundo mejor, solamente me podía imaginar un mundo sin campanas.

Pasaron varios días. Ya no pensamos en la selección. Nos fuimos a trabajar como de costumbre, cargando piedras pesadas a los vagones. Las raciones se habían reducido: este era el único cambio.

Habíamos amanecido antes que el sol como todos los días. Habíamos recibido nuestro café negro y una ración de pan. Apenas íbamos hacia el campo cuando llegó el jefe del bloque corriendo.

—Silencio, por favor. Tengo aquí una lista de números. Se los voy a leer. A los que nombraré no irán a trabajar esta mañana, se quedarán en el campamento.

Y con la voz baja leyó unos diez números. Habíamos entendido. Eran los números de la selección. El doctor Mengele no se había olvidado.

El jefe del bloque se dirigió hacia su cuarto y los diez prisioneros lo rodearon, aferrándose a su ropa:

—¡Sálvenos! ¡Usted nos prometió...! Venimos a la cantera. Estamos suficientemente fuertes para trabajar. Somos buenos obreros. Podemos... queremos...

Trató de calmarlos y apaciguarlos sobre su suerte, explicándoles que el hecho de quedarse en el campamento no quería decir nada, no tenía significado trágico.

—Al fin y al cabo, yo también me quedo todos los días —agregó.

Era una excusa muy pobre. Se dio cuenta y sin decir nada más se fue y se encerró en su cuarto.

Acababa de sonar la campana.

—¡En filas!

Ya ni importaba que el trabajo fuera duro. Lo importante era estar lo más lejos posible del bloque, lejos de la muerte, lejos del centro del infierno.

Vi a mi padre corriendo hacia mí. De repente tuve miedo.

—¿Qué pasa?

Sin aliento, apenas podía abrir la boca.

—A mí también...a mí también... Me dijeron que me quedara en el campamento.

Habían escrito su número sin que se diera cuenta.

—¿Qué va a pasar? —le pregunté con angustia.

Pero era él quien trató de tranquilizarme.

—Todavía no es seguro. Todavía hay posibilidad de escapar. Hoy van a hacer una segunda selección...una selección decisiva.

Me quedé callado.

Sentía que su tiempo era corto y empezó a hablar rápidamente. Hubiera querido decirme tantas cosas. Las palabras se le hacían bola, su voz se ahogaba. Sabía que me tenía que ir en un momento. Y él se tendría que quedar aquí solo, tan solo.

—Mira, toma este cuchillo —me dijo—. Ya no lo necesito. Te puede servir de algo. Y llévate esta cuchara también. No las vendas. ¡Rápido! ¡Ándale! ¡Toma lo que te estoy dando!

Mi herencia.

—No hables así, padre —sentía que iba romper en llanto—. No quiero que digas eso. Quédate con la cuchara y el cuchillo. Los necesitas tanto como yo. Nos veremos otra vez esta noche después del trabajo.

Me miró con ojos cansados, velados por la desesperación y siguió:

—Te lo ruego... Tómalos. Haz lo que te pido, hijo mío. No tenemos tiempo...Haz lo que te pide tu padre.

Nuestro kapo dio la orden para ponernos en marcha.

El comando se dirigió hacia la puerta del campamento. ¡Izquierda, derecha! Me mordí los labios. Mi padre se había quedado en el bloque, apoyándose contra la pared. Luego empezó a correr, tratando de alcanzarnos. Quizás se le olvidó decir algo... Pero estábamos marchando muy rápido... ¡Izquierda, derecha!

Pero ya estábamos en la puerta. Nos contaron, en medio del estrépito de una música militar. Estábamos afuera.

Todo el día estuve como sonámbulo. De vez en cuando, Tibi y Yossi trataban de animarme. El kapo también trató de asegurarme. Ese día me había dado trabajo ligero. Estaba desconsolado. ¡Qué bien me trataban! ¡Como a un huérfano! Pensé: aun ahora, mi padre me está ayudando.

Ni yo sabía si quería que el día pasara rápidamente o no. Tenía miedo de encontrarme solo esa noche. ¡Qué bueno sería morir aquí!

Por fin tomamos el camino de regreso. ¡Cómo quería que no dieran orden de correr!

La marcha militar. La puerta. El campamento.

Corrí hacia el bloque 36.

¿Todavía existían los milagros? Estaba vivo. Había escapado de la segunda selección. Había podido probar que aún era útil...le regresé su cuchillo y su cuchara.

## Fuente

Wiesel, E. (2006). *Noche*. Hill & Wang.